

UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS Y LA CONTEXTUALIZACIÓN DE LA ENTREVISTA DE HISTORIA ORAL

Gerardo Necochea Gracia*
(Instituto Nacional de Antropología e Historia/México)

Resumen: El presente ensayo subraya la importancia del análisis y contextualización de los recuerdos vertidos en una entrevista de historia oral, señalando que esta es una de las características que distinguen la historia oral de otras maneras de trabajar con la memoria. El historiador oral lleva a cabo el examen crítico de la fuente, como lo hace con fuentes documentales escritas, prestando atención a las particularidades de la memoria y la oralidad que definen la fuente, y la peculiaridad de la entrevista que produce la fuente. El ensayo propone que para llevar a cabo el análisis es necesario observar cómo la narración de recuerdos maneja el tiempo y el espacio, cómo el narrador presenta su yo y las redes sociales en las que se desenvuelve, y cómo la narración privilegia el relato de anécdotas para desplegar símbolos y significados que dan coherencia a lo vivido. Esta es una primera parte de análisis, con el fin de comprender el sentido cabal del documento íntegro que es la entrevista. La segunda parte consiste en situar la entrevista y el relato en contexto, tanto el contexto histórico de lo relatado como el contexto del tiempo y las condiciones de producción de lo que es en realidad una conversación histórica. Ello nos permite entender la entrevista como un documento cultural de su época.

Palabras clave: Análisis de la fuente oral; Memoria e historia; Narración oral.

Abstract: This essay highlights the importance of analyzing and contextualizing the stories told in the course of an oral history interview. An oral historian carries on a critical examination of oral sources, just as he would do with written sources, paying particular attention to the specificities of memory and oral communication, as well as to the peculiarities of the interview which produces the oral source. The author proposes that analysis should first focus on how the oral narrative handles time and space, how the narrator presents himself and the network of social relationships in which he moves, and how the telling of reminiscences tends to condense in anecdotes symbols and meanings that lend coherence and meaning to lived experience. The purpose of this first step is to understand the interview as a whole. A second step focuses on developing an adequate historical context for what is told while at the same time situating this historical conversation in the context of its time and conditions of production. We may thus understand the oral history interview as a cultural document of its time; this is the sort of work and understanding that differentiates oral history from other kinds of memory work.

Keywords: Analysis of oral sources, Memory and history, Oral narratives.

Mis estudiantes frecuentemente preguntan cómo analizar los testimonios. Lo hacen sobretudo después de que han realizado entrevistas y la idea de enfrentar una pila de grabaciones o transcripciones los aterra, por lo que su pregunta tiene un cierto aire de desesperación y perplejidad. Para añadir a su confusión, respondo que cada entrevista

requiere, y también sugiere, un tratamiento específico, razón por la cual no hay una receta para el análisis. Creo que esta afirmación es cierta pero también parece una salida fácil.

Más aún cuando la memoria se ha convertido en un artículo de moda. Las atractivas portadas exhibidas en los aparadores de las librerías nos urgen a consumir las vidas a calzón quitado de fulanas y fulanos. Su atractivo puede obedecer a que los medios masivos han cultivado nuestro apetito por las revelaciones personales. También puede ser que el lector espere encontrar en la memoria una alternativa superior a la historia, porque es la experiencia directa y no la elaboración interpretativa e ideológica de un intermediario. Además, claro, el estilo fácil y desenfadado resulta más atractivo que el formalismo y opacidad que con frecuencia apesadumbran la escritura histórica.¹ Pero no es mi propósito divagar sobre los misterios de esta nueva actitud de reverencia ante el nudismo existencial ni tampoco restar mérito al género autobiográfico, aun cuando mucho de lo que hoy se escribe tiende a la trivialidad bien contada. El asunto en realidad sirve de pretexto para subrayar que la historia oral se distingue de la vasta producción de narraciones personales porque analiza y contextualiza la memoria.

Mientras la efervescencia memorialista – la frase es de Dora Schwarsztein (2003, p. 18-26) – hace del recordar un fin, la historia que recurre a la memoria rinde sus mejores frutos cuando sitúa el recuerdo en el tiempo y el espacio. La memoria sin contexto puede servir otros fines y sostener la ilusión de conocer el pasado a través de la experiencia directa. Pero por supuesto hoy sabemos que los recuerdos no son experiencia pura sino relatos elaborados desde una perspectiva de la vida. Sabemos también que la memoria por lo general tiende a crear armonía y coherencia en los sucesos vividos por quien recuerda. La historia – como disciplina de estudio – por el contrario, fija la atención en cambios y rupturas. No es posible ni deseable suponer que una finalidad es superior a la otra; tampoco son complementarias, aunque los distintos caminos puedan entretorse. El punto en todo caso es que el recuerdo, como la historia, es selectivo e interpretativo. Para entender ese particular recuento del pasado y para ver la experiencia individual en la más amplia arena social, es necesario situar el recuerdo en contexto.

Por ello, regresando a mis estudiantes y sus preguntas, añado que las entrevistas requieren de un trabajo de análisis que tome en cuenta las particularidades de la fuente oral. Propongo entonces que es necesario primero llegar a una comprensión cabal de la

entrevista, antes de despedazarla acorde a temas relevantes para la investigación. Me parece importante comprender las relaciones lógicas y de sentido que dan integridad al documento, de manera que no violentemos el espíritu con que fue creada la fuente oral. Para lograr este propósito en mi trabajo, me ha servido indagar sobre cómo aparecen el tiempo, el espacio, el narrador y los símbolos en el transcurso de la narración, al igual que fijarme en la función que tienen las anécdotas. Hecho lo anterior, puedo mejor colocar el recuerdo en su contexto y así realzar la relevancia histórica de la experiencia que narra el entrevistado. Finalmente, considerar el contexto de la entrevista y la selección de la memoria me permite comprender la intención e interpretación que el entrevistado imprime a su recuerdo.ⁱⁱ En este ensayo fijo la atención en estos tres pasos, aunque por supuesto, separar lo que de hecho es continuo es una mera conveniencia para la exposición.

Tiempo, espacio y narrador

La primera entrada al análisis del relato oral puede ser a través de los usos del tiempo y el espacio. Después de todo, el tiempo es la preocupación central de la historia y éste a su vez remite al espacio, ya que no hay suceso que ocurra en un vacío. Los historiadores estamos acostumbrados a pensar el tiempo de manera lineal y cronológica, es decir, una secuencia progresiva de fechas. También estamos acostumbrados a no dar mayor importancia al espacio. Sin embargo, la memoria rompe con esta concepción del tiempo e insistentemente sitúa los acontecimientos en espacios definidos. Entender cómo lo hace es un primer paso para conocer cómo el entrevistado construye su historicidad.

Desgraciadamente es imposible reproducir aquí una entrevista completa. Por ello a continuación citaré fragmentos de una sola entrevista, proponiendo maneras de proceder para su análisis. Pero antes presentemos al entrevistado. Fernando Chacón fue entrevistado en su casa, un departamento del Multifamiliar Miguel Alemán localizado en la Colonia del Valle, en el sur de la ciudad de México. El señor Chacón nació en la segunda década del siglo XX, aunque la fecha exacta no la recuerda. Ya estaba jubilado cuando fue entrevistado pero en su tiempo fue empleado del gobierno federal, razón por la que pudo obtener un departamento poco tiempo después de que fuera inaugurado ese conjunto

habitacional, en 1949 (que fue construido por el Departamento de Pensiones del gobierno federal con el propósito de proveer vivienda para sus empleados). Llegó ahí casado, crió a sus hijos, se divorció, vivió un tiempo fuera del Multifamiliar y posteriormente regresó para ya no mudarse más. La entrevista fue realizada por Graciela de Garay y Blanca Oliva Peña, parte del equipo que llevábamos a cabo una investigación sobre el Multifamiliar y la vida ahí durante la segunda mitad del siglo XX.ⁱⁱⁱ

Este extracto se halla en la parte inicial de la entrevista, en la que el señor Chacón da cuenta de su vida a grandes rasgos.

Pues estuve, de principio estuve en el Instituto Enciso en parvulitos, en San Miguel, nada mas no me acuerdo el número. Nada más me acuerdo que estaba enfrente de una zapatería de . . . bueno un remendón que se llamaba "La Bota Federica". ¡Qué chistoso verdad! En el primer, dónde ahora es el . . . parte del Hotel Virreyes.

Antes de llegar a la . . . yendo del Eje Central antes de llegar al Politeama, ahí esperábamos muchas veces en las tardes que pasara el último tren de mulitas que había, que pasaba por ahí porque hacía su recorrido hasta Pino Suárez y se regresaba por Uruguay hasta Campo Florido, ahora es Doctor Barragán, donde está el multifamiliar ese Doctores. Ahí se daba vuelta y regresaba otra vez. Corríamos. . .

Ahí estuve de parvulitos, primer año, no lo terminé. Luego pasé al, era un poquito inquieto, duraba poco en los colegios, pasé a las madres teresianas que estaban en Pino Suárez, en avenida Pino Suárez. Después de allí, un poco más adelante pasé al Instituto Hispano. . . Español Mexicano se llamaba, Instituto Español Mexicano. También de ahí, pues no me gustó mucho, pasé a la Escuela Inglesa de La Reforma, que estaba en donde está ahora el cine París y de ahí Fernando se casó y nos cambiamos a San Pedro de los Pinos y en San Pedro de los Pinos ya me pusieron en el colegio Williams, y en el colegio Williams hice tercero y cuarto, quinto, sexto. Luego pasé al tercero de . . . digo a la secundaria. . . primero de ahí entré al Colegio Francés de La Salle, así se llamaba La Salle, ahora es Universidad La Salle. . . De ahí nos cambiamos de rumbo y fui a dar a lo que era el seminario antes, en Regina 111, a la escuela Secundaria No. 1 y ahí hice segundo pero nada más. Y ahí me quedé, por eso tengo las orejas largas.

Después he andado allí y allá, he estudiado inglés y contabilidad y cosas así, pero nada más^{iv}.

A través de este pasaje, Fernando Chacón mantiene el uso del tiempo pasado. Los pocos cambios, sin embargo, ofrecen pistas importantes para el análisis.

En las primeras frases ocurren regresos al tiempo presente. Uno de ellos está relacionado al espacio. Fernando emplea varias referencias espaciales para situar sus

acciones en el pasado pero supone necesario actualizar la referencia. Para hacerlo, requiere de un brinco enorme en el tiempo, para el cual utiliza la fórmula “antes/ahora”. Esta manera de referir el tiempo rompe con la concepción lineal y progresiva. En tanto no da cuenta de un proceso de cambio, establece de hecho dos ciudades, la de antes y la de ahora. Para mí es significativo que se refiera así a la ciudad, ya que me alerta a que posiblemente él planteó una opción de pertenecer a una u otra ciudad. Al menos, establece un distanciamiento con esa parte de la historia narrada y en adelante habrá que ver el porqué de la distancia.

El otro tipo de regreso significativo al tiempo presente tiene que ver con la situación misma de la entrevista. La entrevista de historia oral implica una constante relación entre pasado (sobre el que se habla) y presente (desde el que se habla). El comentario “no me acuerdo”, en tiempo presente, revela esta relación y es importante porque señala, por un lado, que la mente del narrador continuamente viaja entre uno y otro tiempo; por otro, porque señala que es desde el tiempo presente que se selecciona que recordar y que olvidar. El olvido en este caso, el número de la calle, puede no tener mayor importancia pero la relación pasado/presente si la tiene para entender el siguiente cambio de tiempo. El cambio significativo del pasado al presente ocurre al final de la secuencia: porque todo esto pasó, yo soy así. Su memoria ha seleccionado ciertos eventos del pasado a la luz del presente.

Regresemos ahora al conjunto de la descripción. Inicia en tiempo pasado, recurriendo a una fórmula, “de principio estuve”, que advierte que seguirá una serie de “después”. Se trata de una secuencia temporal progresiva aún cuando carece de marcadores de tiempo convencionales, como fechas y edades. La memoria los sustituye por los cambios de escuela y grado para transmitir el paso del tiempo. Los sucesos se encadenan fugazmente uno a otro para arribar a una conclusión: la interpretación que Fernando Chacón hace de sí mismo. En este sentido el narrador hace explícita una conexión lineal entre el pasado narrado y el presente. Entender cómo lo hace es importante porque en la conversación narrativa, el pasado es evocado y manipulado por el narrador para ofrecer una secuencia causal que explica un determinado desenlace, de la misma manera que el historiador hace con la historia.

Inmediatamente después del pasaje citado viene otro, en que el entrevistado relata su pasado laboral en respuesta a una pregunta expresa.

«Graciela de Garay: ¿Entró a trabajar?

Fernando Chacón: Sí, desde luego, hubo alguien muy bien intencionado que a mi papá, mi papá Chacón le dijo, a ese flojo no tiene cabeza para estudiar, métalo a trabajar que no esté de flojo. Pues atendió el consejo y ¡órale a trabajar! Mi primer trabajo fue en una refaccionaria, en la calle de Bucareli, bueno primero, cuando estaba yo en la Secundaria 1, iba yo a la estación Colonia con un amigo que era catalán, se llamaba Martín Bacsas, que era pesador de ferrocarriles. Y entonces llegaban con los bultos para empacar y decía "No, así está mal, ese chico os puede liar bien su bulto". Inclusive tenía yo machimbrador y todo que era de él. Yo era como comisionista ¿no? Y ya les arreglaba yo, me daban unos centavos, bueno, fue el primer dinero que gané. Después de allí pasé a la refaccionaria, ahí estuve un tiempo, después me fui a vivir a Orizaba [ciudad a unos 300 Km. hacia el sureste de la ciudad de México] un tiempo también y en Orizaba fui peón de fundición, empecé partiendo fierro durante todo el día a marro, ganaba un peso diario en la Fundición Fugerat. Estuve un tiempo también en la Cervecería Moctezuma, también en la fundición que hicieron en la... porque sabía trabajar más o menos el bronce y ya. Después ya pues regresamos y empezamos a... empezó mi papá a ver que hacíamos. Me dio mucho por la parranda, allá la cuestión de trabajar en la cervecería pues me aficionó a la cerveza mucho y todo, entonces vinimos aquí, me consiguió un trabajo de, entonces era eventual de... era inspector de espectáculos pero de... no era inspector de espectáculos, era inspector de venéreas en el Departamento de Salubridad Pública. Entonces íbamos a visitar a las muchachas que tuvieran un documento que se llamaba libreto y que tenían que tener sellado de esa semana, las que no habían ido a pasar revista a Sanidad es que andaban medio mal y entonces tenía uno que mandarlas al Hospital Morelos. Ese era el trabajo. Entonces visitaba uno centros nocturnos y llegué a odiarlos, hasta la fecha me choca ir a un centro nocturno, ese favor se lo debo a mi papá, que...

Ya después un amigo me consiguió que me pasaran al manicomio, entré a hacerme cargo de la contaduría del manicomio porque se iba un señor que se llamaba Pedro Alvarado de la Paz. La contaduría del manicomio no me llevaba más que cuatro cuentas, los gastos del hospital, el gasto de farmacia, almacén, farmacia, almacén ¿cuál era?, ah, despensas y la cuenta de Hacienda que era donde se englobaba todo, nada más se hacía una balanza diaria y se mandaba a la Secretaría para de ahí remitirlo a Hacienda. Pero entré con nombramiento de bañero, Bañero "B", así es que... sí, y dije bueno, pues mientras ¿no? Fue un mientras que duró 30 años. Sí, duré mucho tiempo allí [en el] manicomio federal de La Castañeda, en Mixcoac, sí. Y ya después, pues este, ahí mismo conocí a la que fue mi señora, que era enfermera del pabellón central. Entonces vi la manera de que en vez de estar de día, como cerraron... centralizaron las contadurías, entonces ya había yo pasado al departamento de inventarios como delegado de inventarios, que la central estaba en la Secretaría pero no me convenía porque estaba yo así de que me mandaran a la Secretaría, entonces conseguí que me pasaran de noche para poder buscar un trabajo en el día. Entonces me pasaron de noche de velador de garitón, y en el día conseguí un trabajo en Almacenes Nacionales de Depósito y entraba yo a las 7 de la noche, salía a las 6 de la mañana del

manicomio, una noche sí y una no y en Almacenes entraba yo a las ocho de la mañana y salía a las tres de la tarde, entonces me casé y todo y duré 18 años en el manicomio... en Almacenes.

GG: ¿No era muy pesado el trabajo.

FC: Pues sí pero se iba uno acostumbrando ¿no? Eso sí, parecía yo burro lechero, donde quiera estaba yo así de [ronquido]. Sí, me quedaba yo dormido. Y después mi matrimonio se fue a pique, todo un poco antes de... bueno, terminé de trabajar en Almacenes porque me ofrecieron otro trabajo también macabro. Fui y me dijeron que si no quería yo ir a poner en paz a unos tipos que trabajaban en el Panteón Jardín, que me iba yo de administrador porque pues allá hacían, hacían lo que les daba la gana, que quien sabe qué y que había que, bueno pues sí, me daban buen dinero entonces me fui para allá.

En 1963 y entonces pues este, entré. En el manicomio entré en 1943, en Almacenes entré en '45, aquí entré en '63 pero en el '69 salí de ahí para irme a quitar la vesícula. Sí, es durísimo, durísimo trabajar en un panteón como ese, si. Es que estaban todos contra mí, empleados, trabajadores, agencias, de todo. El único aliado que tenía, increíble, era [la Casa Funeraria] Gayosso. Todos los demás... eran unos choques diario, diario acababa yo muerto en... se me agrió el carácter todo y me divorcié, más bien mi señora se divorció de mí^v.

Hay similitudes entre ambos pasajes. La constancia del tiempo pasado se mantiene, y como en el primero, hay explicaciones del presente enraizadas en los sucesos del pasado. Pero al leer los dos extractos juntos uno tiene la sensación de deslizarse como en un tobogán por el espacio. Fernando Chacón pasa de una escuela a otra en distintos puntos de la ciudad, cambia de ciudades y va de un empleo a otro. Contrasta la constancia del tiempo con la mutabilidad en el espacio. El segundo extracto termina subrayando este contraste cuando enumera los trabajos y por primera vez recurre a fechas. La fuerza de este último párrafo hace pensar que para Fernando el trabajo ha sido importante.

Antes de explorar esta última cuestión, me interesa ver lo que aquí llamo el yo narrador. Uno de los problemas centrales en el análisis, y en el uso, de la historia oral es cómo vinculamos la experiencia individual y particular con colectividades sociales de cualquier índole. La preocupación viene de la intención de escribir no la historia individual sino la historia de la sociedad, que por supuesto es una preocupación de historiador. Al analizar un testimonio, entonces, quiero ver cuándo la narración presenta un yo individual y cuándo un yo colectivo o un nosotros. Lo hago de dos maneras.

Primero busco las referencias a otras personas que aparecen en el relato, fijándome en la calidad de la referencia. La mayoría de las menciones a otras personas en los pasajes

citados son circunstanciales, sin que incluso se llegue a asociarlas con nombres u otras características de identificación individual: alguien, un amigo, las muchachas, un señor Pedro Alvarado de la Paz, unos tipos, empleados, trabajadores. Es evidente que para el entrevistado todos ellos son parte de la fugacidad de los sucesos del pasado. En cambio se detiene en otros: Martín Bacsas, por ejemplo, quien le dio su primer empleo. Esta última mención, aunada a que casi todas las otras menciones ocurren en el pasaje sobre su pasado laboral, refuerza la idea de que él otorga importancia al trabajo en su vida. La edad y el trabajo brindaron la oportunidad de un mayor número de relaciones. Aún así, es notoria la ausencia de mención a amigos infantiles, maestros u otras personas significativas durante la infancia. Excepto, claro, por Fernando, hijo mayor de la familia con la que el entrevistado vivió de chico y a quien llegó a considerar como padre. La mención de Fernando y las repetidas menciones a su padre biológico y a su esposa (son las únicas referencias que se repiten) sugieren que el grupo familiar ha sido un colectivo importante para él.

Después de buscar referencias a otras personas, procedo a fijarme en la persona gramatical. Aquí es de notar la constancia en el empleo de la primera persona. A través de estos dos pasajes Fernando es el protagonista único, incluso aislado. El empleo de la primera persona plural, nosotros, ocurre en dos instancias. Una cuando se refiere al grupo familiar, aunque es un “nosotros” delimitado a la díada papá-hijo. El otro “nosotros” ocurre al principio del pasaje sobre la escuelas, cuando recuerda el tren de mulitas y refiere que “corríamos” a alcanzarlo. Probablemente el “nosotros” abarque a algún pariente adulto y a los compañeros de escuela. Esta única mención a un grupo queda suspendida y podría ser indicación de que efectivamente él establece una distancia entre el “antes” y el “ahora”, a la que ya nos hemos referido, en la que el antes tiene un aura de nostalgia y de despreocupación perdida. Como sea, a través de toda la entrevista encuentro que Fernando emplea la primera persona plural principalmente para referirse al grupo familiar, sea la familia de origen o sea la propia. Sólo hacia el final de la entrevista describe y construye un “nosotros” distinto, un club de excursionistas que él y unos amigos formaron. Así identifica Fernando Chacón su pertenencia a colectivos sociales significativos.

En cambio, y de manera impresionante, el uso de la voz pasiva alude a un “ellos” casi omnipresente y cuyas acciones repercuten en el narrador. Fernando construye un “yo” pasivo frente a un “ellos” activo, cuya relación es complementaria. Sólo en referencia al

trabajo, el protagonista va gradualmente adquiriendo independencia en sus acciones. Al final, después de una larga lista en que el “yo” es activo (cuando enumera las acciones de entrar a distintos trabajos en distintas fechas), mantiene la constancia respecto del divorcio (“me divorcié”) para inmediatamente corregir y adjudicar la acción a la esposa.

Tenemos entonces ciertas pistas para entender a Fernando Chacón y su experiencia. Siguiendo el manejo del tiempo al contar su vida, observamos que selecciona y enlaza recuerdos con el fin de explicar quién es él en el presente y establecer una identificación armónica entre la imagen de sí al momento de ser entrevistado y lo vivido en el pasado. Así mismo, advertimos que el espacio tiene mayor o menor importancia dependiendo de los sentimientos invertidos en él. Cuando refiere su pertenencia al grupo de excursionistas, marca un antes, el lugar físico de reunión de los integrantes del club, y un después, la demolición del edificio y la desaparición del club. La sugerencia, nuevamente, es que el terreno de sus acciones al transformarse se convierte en ajeno, de manera que los cambios urbanos a través del tiempo cambian su percepción de lo vivido. Hay un cierto paralelismo entre ese antes y ahora del espacio y la construcción de un “ellos” activo y un “yo” pasivo. Las acciones y el espacio obedecen a otros. Advertimos, al mismo tiempo, la tensión que ocurre en la memoria respecto a la historicidad de ese yo que narra su propia transformación. En suma, empezamos a comprender cómo nuestra fuente es producto de ciertos criterios selectivos y de cierta tensión que surge en el diálogo entre ser y estar en el mundo (Véase GINZBURG, 1991, p. 15-24; THOMPSON, 1979, p. 5-9).

Símbolos, anécdotas y el sentido de la vida

Hemos visto también que el trabajo es importante, y en especial contrastado con su conclusión respecto de la educación (“tengo las orejas largas”, es decir, soy un burro), porque muestra a una persona hábil y activa. Esta identidad consigo mismo a través del trabajo es una constante en su narración. El trabajo adquiere entonces una cualidad simbólica.

Las narraciones por lo general están repletas de símbolos cuya función es articular al narrador con su entorno y agrupar a unos y distinguirlos de otros. Discernir y entender

los símbolos requiere, en algunos casos, un conocimiento especializado. En los relatos de zapotecos y mixtecos, por ejemplo, el agua figura de manera especial (CAMARENA y NECOECHEA, 1993). Un relato de una mujer mixteca tejedora, en el que explica cómo trabaja, refiere que las figuras que incluye en el bordado no son de su invención sino que en otro tiempo, estas figuras salieron del agua para ser imitadas en el tejido. Otro relato, de un tejedor zapoteco, cuenta que el oficio de tejedor lo trajo una virgen que emergió de un pozo de agua. Otro mixteco, en un relato diferente, contó que en una ocasión, siendo chico, se divertía arrojando piedras a un ojo de agua. Años después, ya grande, fue atacado por un intenso dolor en el estómago y un doctor que no pudo hallar causa para su mal, lo desahució. El curandero del pueblo lo hizo recordar el incidente de apedrear el agua y diagnosticó que el ojo de agua estaba enojado con él, y debía pedirle perdón al agua para poder curarse.

Para entender el papel que el agua juega en estos relatos es necesario comprender el lugar que ocupa en la cosmovisión de estos pueblos. Para zapotecos y mixtecos el agua está habitada por deidades relacionadas con el inframundo, en tanto el agua brota del subsuelo. Pero es también punto de unión, junto con los cerros, entre los espacios divinos del cielo y la tierra. El agua entonces articula la relación entre un individuo y su entorno vital. Simultáneamente, sirve para identificar a los individuos dentro de un grupo, y en consecuencia, distinguirlos de otros (FUENTE, 1977, p. 259-310; CARMAGNANI, 1988).

También hay ocurrencias cotidianas que, a la luz del relato, juegan el papel de símbolo. En el relato de Fernando Chacón, además del trabajo, es difícil encontrar elementos simbólicos. La dificultad viene, a mi juicio, de que no hay ningún otro elemento que tenga el poder de aglutinar y distinguir, y ello porque en el relato de Chacón no emerge un “nosotros”. Aquí podemos intentar recurrir a los motivos que subyacen al relato. Existen, a mi juicio, dos. Un motivo que estructura el relato es ir a la deriva, ya que narra una larga lista de quehaceres y lugares que le acontecen a Fernando. El otro motivo es el de la astucia, la habilidad de Fernando para surcar por estas aguas azarosas y salir adelante. La siguiente anécdota, que da cuenta de cómo consiguió un departamento en el Multifamiliar, muestra estos elementos claramente.

... ahí en Pensiones me dijeron: "Fíjate que los departamentos están muy buenos en el multifamiliar". Entonces un día vine con mi señora y dijo: "¡Ay qué bonitos, que padre! ¿Están padres, no?" "Pues sí,

ojalá que consigamos uno”. Entonces andaba yo buscando cómo. Alguien, no me acuerdo quién, me dijo: "Hay una muchacha que ya le compraron una casa y va a dejar su departamento, es el H 331". Yo ya había hablado dentro de mis angustiosas gestiones para buscar un departamento a este señor Martínez Domínguez [ref. Alfonso Martínez Domínguez era entonces secretario general de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, FTSE; años después ocupó los cargos de presidente del Partido Revolucionario Institucional y regente del Distrito Federal], y fui a verlo, le digo: "Oiga, don Alfonso fíjese que... necesito, pero así urgentemente un departamento." "No, pero que quién sabe, sí, pues dime un departamento que esté vacío y entonces... porque necesita encausarlo". "Bueno, pues el H 331". "Vente mañana y te doy la carta". "No", le digo "pues aquí me quedo a dormir". "Me matan". Para mí era un señor muy simpático, no se si habrá muerto ya o no. Entonces dice: "Mira, hazle la carta y que se largue ya, porque ya lo tengo hasta más arriba del copete." Me hicieron la carta y ya mero le besaba yo la mano pero me vine volado aquí, entonces había un señor que se llamaba Leopoldo González Calleros, todo así mucha prosopopeya y todo. Y dije: "Señor buenas tardes, perdone ¿el señor administrador?" "No está, pero qué se le ofrece, yo soy el encargado". Digo: "Traigo esta carta de la FTSE, y está con el conocimiento del ISSSTE [Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado] que fui a sacar también ¿no?, por medio de Pensiones, o sea Pensiones". "No, cartitas a mí no." "¿Cómo que no!" "Pero señor que no." Y se metió así y me metí detrás y digo "Entonces esto no sirve". "No, no, ese departamento ya está dado." Y que cojo el teléfono... "¡Oiga!" "No señor permítame tantito, yo también soy contribuyente." Que marco el teléfono y digo "Oye güera, comunícame con don Alfonso." "Hay, otra vez tú, se va a enojar". Le digo "Que se enoje pero comunícame". "¿Qué quieres?" "Pues decirle que su... que me dijeron que mejor escriba su firma en papel nevado porque para eso sirve". "¿Qué cosa?" Le digo "Pues sí, dice aquí el..." "¡Oiga yo no dije eso!" "¿Quién habla?" Le digo: "Señor habla Chacón, otra vez, perdóneme, pero aquí hay un tipo que dice que ese departamento ya está dado y que ni su firma lo vale ¿no?, así es que no me lo pueden dar". "¡Pásamelo!" ¡Híjole! Nomás vi que se puso blanco, blanco, se hacía así como afligido, "Sí jefe, sí jefe." Luego colgó. Dice: "Ya estará contento, ha hecho su escándalo y ahora yo soy el perjudicado". "A mí que me esculquen" le digo. "¿Me das mis llaves?" "Ahí están"^{vi}.

En esta anécdota los cambios de tiempo son notorios, al contrario del extracto antes citado. Buena parte de ella está dialogada en el tiempo presente. De ahí deriva la fuerza, el impacto que tiene para quien la escucha. La estructura tan trabajada y fluida sugiere que es una anécdota que se ha contado varias veces y que da a entender quien es Fernando Chacón. Los elementos de la astucia entran en juego de manera clara y nos ofrecen otro rostro de Fernando que contrasta con la visión de “burro” y de pasivo que ha ofrecido anteriormente. En cierto modo, además, el incidente es un parte aguas en su vida. Posterior

a su divorcio vive en el departamento un tiempo y después se muda varias veces. Mientras tanto una de sus hijas ocupa el departamento, y cuando se muda, Fernando regresa a vivir ahí permanentemente. En distintos momentos, algunos de sus hijos ya grandes también viven ahí. El departamento adquiere figura en su vida como un ancla, un puerto seguro.

Analizar las anécdotas, como en el caso anterior, es importante por varias razones. En primer lugar, creo que en el relato de historia oral la memoria funciona a través de las anécdotas, elaborando las secuencias informativas que el narrador considera necesarias para pasar de una a otra. En segundo lugar, y dadas estas características, en el relato de la anécdota el narrador despliega a profundidad los elementos que hemos analizado (tiempo, espacio, persona y símbolos). Una última razón es que existen anécdotas en cada relato que tienen la función de conferir y englobar el sentido personal de la vida (ROBIN, 1989, p. 72). Combinando análisis con imaginación, he elaborado una metáfora que alude a ese significado. La frase puerto seguro parece captar certeramente el significado que el multifamiliar tuvo en la experiencia de Chacón.

La metáfora resulta adecuada y útil si encontramos que captura lo que el multifamiliar significó para otros. En consecuencia tenemos que comparar lo que cuenta Fernando con lo que cuentan otros residentes del multifamiliar. La entrevista con Concepción Millán, una mujer unos años mayor que Fernando Chacón, nos sirve para este propósito.^{vii} Al inicio de la entrevista, Concepción contó el momento en que su familia enfrentó a soldados revolucionarios, después de haber salido de la ciudad de México para huir de la violencia revolucionaria. La revolución mexicana inició en 1910; el suceso que relató Concepción debe haber ocurrido en 1914, cuando los ejércitos revolucionarios ocuparon la capital del país, y la entrevistada tendría no más de diez años.

... habíamos terminado de merendar y mi camita ya me la habían arreglado para acostarme pero oímos unos ruidos en la puerta fuertes, así fuertes. Mi papá pues se levantó y yo me metí en sus piernas, porque yo me metía en sus piernas, ponía mis pies sobre sus pies y ahí caminaba, me abrazaba de sus piernas y ahí iba caminando y en eso... avientan la puerta. Pues yo no me asusté porque no sabía lo que era un Mauser y lo tenían así. Dicen: “¡Ábranos! Entreguen a todos los caballos que tienen.” Dice mi papá: “Yo no tengo ningún caballo.” “¡Entréguenos todo lo que tienen!” Dice mi papá: “¡No!”

Y en eso vinieron otros, botaron la puerta y se metieron. Llegaron a la cocinita donde estaban los víveres que tenía mi mamá reservados. Las

señoras, que eran las que les decían las soldaderas, sacaron los huevos y luego con la mano los soldados, no se, tampoco vi eso porque yo cuidaba a mi papá y a mi mamá, pero cogieron los... dice mi mamá que yo creo que esa gente estaba hambreada porque con las manos así sucias cogían las yemas y todo y se las comían. Una cosa fea ¿no? Asquerosa. Vaciaron todo lo que tenía mi mamá.

Me había comprado un pollito así, gordito, güerito, casi no tenía plumas y andaba por ahí. Pero en ese momento nos olvidamos del pollito. Después me bajé, ya al día siguiente que amaneció, estaba todo el callejón, porque era un callejón, lleno de caballos y las señoras tenían unas latas, láminas o no se que. Ahí yo vi mi pollito: ya lo habían abierto y lo estaban asando. Yo le lloré a mi pollito y ya les quería yo decir pero mi papá dice “no, déjalos, ya.” Y sí por qué mi pollito ¿no? ¿Por qué cogieron a mi pollito? Y pues no me daba cuenta de que iba a haber revolución. Yo no sabía nada, no más veía, observaba. Ni por acá me daba la idea de qué era revolución, pues uno no sabe^{viii}.

Casi al final de su relato de vida, Concepción contó una segunda anécdota. Refirió un encuentro con un tejedor de manta que tenía su taller en los alrededores del multifamiliar. Ya para entonces Concepción tenía algunos años de vivir en la unidad.

Donde es ahora el Banco de México era una casita de adobe donde trabajaba un señor en un telar, hacía manta, ahí tenía su telarcito. Yo si lo alcancé a ver y una vez me asomé. “¿Qué vende usted manta?” “Sí – dice – yo la vendo y todo. Cómpreme, ya nomás me queda esta pieza de manta. Porque ya me van a pedir el terreno.” Le digo “¿no?” “Sí – dice – ya nos lo van a pedir, que van a abrir la calle o que van a quién sabe que.” “¿Ay no! ¿Cómo que van a abrir?” Si, y se amplió, se amplió la calle ya y quitaron ese telarcito[. . .]^{ix}

La primera anécdota, muy al principio de la narración, y la segunda al final, confieren al testimonio un sentido circular. En la primera, similar a la narración de Fernando Chacón, aparece la diada hija-padre. Pero aparecen en un contexto diferente, el del enfrentamiento entre la fuerza bárbara (los revolucionarios) y la debilidad extrema (el pollito). Concepción construye un “ellos” activo y amenazante frente a un “yo” indefenso, que sin embargo tiene el recurso de la intermediación para sobrevivir al choque entre débiles y fuertes. La segunda anécdota repite esta situación de enfrentamiento entre fuertes y débiles, aún cuando entre una y otra transcurren alrededor de cincuenta años. La ubicación de la narradora, sin embargo, es muy diferente. En la primera, Concepción está dentro de los sucesos. En la segunda esta fuera de ellos, concretándose a observar y

comentar. La distancia que ella guarda puede ser entendida como resultado del cambio en su situación social, fruto de su trabajo y de su residencia en el Multifamiliar. Ha encontrado un sitio de resguardo, razón por la que ya no se siente parte de esa estructura que divide a la sociedad en débiles y fuertes. Escape y resguardo son metáforas adecuadas para describir lo que cuentan las anécdotas de Fernando Chacón y Concepción Millán.

Encontrar un motivo (o varios) que encapsula el sentido del relato nos adentra en el trabajo que la memoria hace al recordar. Este trabajo no es uno de mera reconstrucción fáctica; por el contrario, es una elaboración que recrea el pasado. Esta recreación ocurre en el contexto de una entrevista de historia oral. Por ello cuando analizamos es útil preguntar a quién va dirigido el testimonio. Teniendo esa pregunta mente, leamos el siguiente pasaje, en el que Fernando reflexiona sobre los jóvenes del multifamiliar:

... me llevaba yo a todos, 15, 17, 20 muchachos, me los llevaba yo [de campamento] y todos con sus tortas y sus... pero no sirvió mucho porque muchos si se descarriaron.

Graciela de Garay: ¿Por qué cree que se descarriaron?

Fernando Chacón: Pues posiblemente por la facilidad de conseguir de tomar ¿no?, por los problemas que hayan tenido emocionales, me imagino en su... Afortunadamente mis hijos pues lo solventaban porque, a pesar de que nos divorciamos, yo nunca los dejé, yo estuve con ellos, es decir si tenían algún problema de dinero o algo, yo veía lo que hacía pero más o menos se los solventaba, y otros no...

... Había otro [muchacho] que ahora lo veo que anda con su papá ayudándole a caminar y todo y sigue la pauta del papá, él trabajaba en Ferrocarriles [la Compañía Nacional de Ferrocarriles de México, empresa del Estado] y el muchacho heredó su plaza y sigue trabajando en Ferrocarriles ¿no? Yo... qué bueno que mis hijos se salieron del cause y se fueron por otro lado y no heredaron mis tristes chambas ¿no?^x

La reflexión que hace el entrevistado va sin duda va dirigida a sus hijos. Pero la pregunta del entrevistador que la motiva da pie para que él hable sobre los años de maduración de la generación de sus hijos y ofrezca un juicio sobre posibilidades y cambios en el mundo de esa generación. La reflexión entonces también es pronunciada de cara a la historia. Cabe recordar aquí que la entrevista surge por la solicitud de un historiador oral, razón por la que ambos participantes están concientes de crear un documento para la historia. La selección y recreación del pasado tiene por intención dejar un legado para la historia.

La última frase de este pasaje revela la tensión entre la imagen positiva y pintoresca de la astucia y el nada agradable epíteto de “tristes chambas.” Esta es una tensión que, sin ser explícita, subyace a la selección del recuerdo y el olvido. Fernando Chacón no explora las contradicciones entre lo que de hecho fue su experiencia y sus ideas sobre lo que debería ser, donde presumiblemente el trabajo lleva al éxito y al poder, y sus ideas sobre lo que a él le hubiera gustado que fuera. Quedan en el olvido la frustración y otros sentimientos negativos sobre su propia experiencia. De cara a la historia, sin embargo, Fernando contrapone el tiempo que le tocó vivir, el de las tristes chambas, al tiempo de sus hijos.

El trabajo de análisis va descubriendo el difícil diálogo sustentado entre la expectativa y la experiencia, que también juega un papel en la producción del recuerdo. Los años anteriores a la década de 1960 crearon la expectativa de una mejoría en las condiciones de vida de Fernando Chacón. Pero los años posteriores frustraron esa expectativa. A partir de ese contexto de cambio socioeconómico es que podemos entender la contradicción entre el valor positivo que Fernando le da a su experiencia de deriva y astucia y la conclusión negativa englobada en juicios tales “tener las orejas grandes” y “tristes chambas”. Ello subraya la importancia que adquiere el departamento en el Multifamiliar, tanto en el sentido simbólico de resguardo como en la experiencia vivencial de no estar literalmente en la calle. Este es un conocimiento importante para una investigación sobre el impacto del Multifamiliar y las formas de vida ahí desarrolladas.

Los contextos del recuerdo

A través de analizar varios elementos en la entrevista conocemos las conexiones, contradicciones y significados que dan entereza al documento. También, de hecho, hemos llevado la experiencia singular de Fernando Chacón a un contexto social, primero a través de la comparación con otra entrevista y después al considerar las intenciones que se desprenden del contexto de la entrevista. El contexto es todo aquello que nos ayuda a comprender la evidencia pero que está implícito o apenas insinuado o de plano yace fuera

del relato de la memoria. La entrevista de historia oral requiere tanto de un contexto histórico como de un contexto de la situación de entrevista.

La elaboración del primero parte de relacionar la evidencia del recuerdo con otros relatos, con evidencia proveniente de otras fuentes, con hechos y personas esparcidas en el tiempo y el espacio. El propósito por supuesto es resaltar la relevancia del relato del recuerdo para comprender un tiempo y espacio determinados. Las relaciones que así establecemos son producto de una selección y ésta a su vez resulta de la conceptualización teórica que informa a la historia. Ahora bien, no se trata de que el contexto sirva de telón de fondo; en todo caso es la escenografía que contiene, condiciona y hace inteligible la acción mientras simultáneamente adquiere sentido y es reacomodada por esta última. De otra manera, la evidencia solo confirma lo que creemos saber y no genera nuevo conocimiento que transforme el contexto.

En la historia oral también es importante poner atención al contexto de la producción de la memoria. La conversación histórica que sostienen entrevistador y entrevistado es un acto comunicativo que genera otra red de relaciones entre quienes hablan, los públicos a quienes se dirigen, y lo que hablan. Este contexto ayuda a entender la selección de la memoria y la dirección y sentido que el entrevistado imprime a sus recuerdos. Situar la memoria significa elucidar ambos contextos y desde ahí analizar lo que el entrevistado o la entrevistada recuerda para entonces trazar la relación entre los procesos de la memoria y de la historia.

Para ahondar sobre este procedimiento de contextualización quiero recurrir a la entrevista con Altagracia Ramírez.^{xi} Ella nació a principios del siglo XX, en la ciudad de Río Blanco, ciudad dominada por una fábrica textil del mismo nombre. La fábrica fue inaugurada en 1891, siendo entonces la más moderna de las fábricas textiles en México. Altagracia trabajó en esa fábrica por más de 50 años, hasta que salió jubilada en 1979. Como ella explicó, fue la última mujer en salir de la fábrica, ya que después de esa fecha solo trabajaron hombres ahí hasta que la fábrica cerró a fines de la década de 1990. La ciudad y la fábrica, además de su importancia económica, son famosas porque ahí ocurrió una huelga y una masacre de obreros en enero de 1907 que se cuenta entre los sucesos precursores de la revolución de 1910. En el transcurso de la entrevista surgió el siguiente pasaje sobre la famosa huelga de Río Blanco.

Silvia Spíndola: Altita, ¿y a usted le platicaron los acontecimientos del 7 de enero...

Altagracia Ramírez: Sí.

SS: ... como fueron?

AR: Sí, mi mamá me platicó. Allí el Ameyal es histórico.

SS: No pudiera usted platicarnos...

AR: Sí.

SS:... lo que le haya platicado ella.

AR: Sí, porque mi mamá decía: “No, vimos esto”, entonces Lucrecia Toriz que traiban cada vez que hacían ahí la memoria del 7 de enero, entonces, este, vivía atrás de mi casa, nosotros vivíamos adelante y ella vivía atrás. Entonces dice, estaba una tienda grande allí adonde era la panadería, era una tienda grande de gachupines, pero era del mismo personal de los de la fábrica. Eran gachupines y había panadería y era tienda. Entonces dice que, pues, les pegaban, todavía vi, cuando yo entré, todavía...^{xii}

Cuando el relato llega a este punto, la mención de que “les pegaban” lleva a la memoria hacia un recuerdo asociado, aparentemente porque una de las causas que motivaron el movimiento de 1907, el maltrato por parte de los capataces, aun persistía cuando ella entró a trabajar, años después. Así desvía su atención de la huelga de 1907 para contar la anécdota de cuando vio como un capataz, un corrector según las compañeras de trabajo que le explicaron el suceso, golpeaba a un obrero. Las subsecuentes preguntas de los entrevistadores la alejan aún más del motivo original, así que la huelga de 1907 queda olvidada por el momento. Más adelante en la entrevista, nuevamente los entrevistadores dirigen la atención hacia la huelga.

Silvia Spíndola: ¿No quisiera usted platicarnos de El Ameyal que dice usted que es histórico?

Altagracia Ramírez: Ah, ah, pos sí, es histórico porque ahí, este, todo lo que se robaron, lo que se robaron, porque era un, este, era un barrio del Ameyal porque había un cafetal y de ese cafetal hicieron una como poza, ¿no?, que allí pusieron un tubo y caiba harta agua, pero agua limpia, que caía allí, y por eso es, era el barrio del Ameyal, ahora es colonia Francisco I. Madero. No había casas, en el cerro no había...^{xiii}

El relato nuevamente da un giro, para describir cómo el lugar se llenó de casas, y el tipo de casas existente hasta llegar a la compra por parte de la narradora de su casa. Finalmente, los entrevistadores regresan el relato al asunto de la huelga.

Gerardo Necoechea: Oiga, pero nos empezaba a decir que el Ameyal. . .

Altagracia Ramírez: Ah, pues ora verá usted...

GN: ... que es famoso porque...

AR: ... el Ameyal. Pues este, es famoso por cuestión que era esa tienda, que le digo a usted de los gachupines y cuando reclamaron las ocho horas de trabajo entonces fue cuando hubo la muertendá y quemaron la tienda, y antes de que, y decían: “¡Van a quemar la tienda!” Ya entraron ahí a que el que se robaba piezas de ropa, que se robaba barriles de, pues de licor, ¿no?, este, de vino, de, de rompope... Y así todo lo que tenía la tienda se robaron. Bueno, se repartió la gente, ¿no?, y cuando venía ya los soldados que venían a recoger todo eso y pos yo creo iban a castigar a los que habían ido a traer eso, entonces ahí alrededor del sótano – uh, ya se desbordó cuando la venida – pero ahí enterraban los barriles. Todo lo que se robaron ahí lo enterraron. Ahí en el Ameyal, y unas castañas así de rompope y de vino, este, los destapó Lucrecia dice: “Venga, vamos a tomar – dice – pa’ que, este, puédanos tener fuerzas para escarbar aquí lo que vamos a enterrar”. Y ya se emborracharon. Se las emborrachó, pos claro, cada quien un vaso de rompope y otro de vino y ya después todas estábamos borrachitas y que como encabezada fue Lucrecia, que va a sacar el estandarte de la iglesia y ya luego una manifestación y fueron a sacar los presos de Río Blanco, luego fueron a sacar los presos de Nogales, y luego le dieron un machetazo aquí donde fue a sacar los presos de Santa Rosa. De eso anduvo haciendo y a mi mamá la regresaron. Ya se iba rumbo a Nogales, que dice, que le dice una señora “Ora qué va usted ahí también, que las van a meter en la cárcel – dice – porque andan haciendo eso. Sacando a los presos”. Y ya, este, que se viene mi mamá y ya se fueron las demás, las que vivían ahí en el Ameyal. Sí. Y ya esas después le platicaron a mi mamá “Hubiera usted ido. Fíjese usted que a Lucrecia – dice – fue a abrir la cárcel de los presos de Santa Rosa y que le pegan”. A Lucrecia Toriz por eso cada año la sacaban ahí. Sí, porque anduvo sacando los presos. Sí, por eso le digo a usted que... fue todo eso en mil... en 1907 y yo nací al año, en 1908^{xiv}.

El relato de Altagracia puede parecer pobre en comparación con otras crónicas de lo ocurrido ese día, sobre todo en lo que se refiere a la enumeración de hechos. Pero en la medida en que lo situamos en contexto, el relato revela ser pródigo. Aquí sólo me detengo en algunos puntos, iniciando con el contexto histórico y abordando después el contexto de la entrevista.

He señalado que Altagracia inicia una desviación en el momento que recuerda que a los obreros les pegaban. La historiografía sobre el trabajo en el periodo de 1870 a 1910, los años de la dictadura de Porfirio Díaz, ha establecido el frecuente uso del castigo corporal para imponer la disciplina en la relación laboral, en especial en el trabajo agrícola. Destaca

el caso de Valle Nacional, hacia donde primero fueron enviados reos y después en condiciones muy similares fueron enganchados residentes pobres de la ciudad de México, previo a que los indios yaqui, en rebelión en el norte del país, fueran enviados en condiciones de semiesclavitud (BARRERA BASSOLS, 1991, p. 91-105). En el otro extremo encontramos la costumbre de los padres de enseñar el trabajo a sus hijos con coscorrónes de por medio. Esta era una práctica común tanto de artesanos como de campesinos que empleaban a su prole en sus labores. En ambos casos, sin tomar en cuenta la muy distinta calidad de la relación, el castigo corporal denotaba subordinación y pérdida de libertad.

Los trabajadores libres que ingresaron a las fábricas textiles en el siglo XIX no aceptaban el maltrato de parte de los administradores. De hecho, en el origen del conflicto que desembocó en la huelga, estaban las diferencias entre trabajadores y patrones respecto de la conducta y disciplina laboral. Tanto un reglamento propuesto por los patrones como otro propuesto por los trabajadores prohibían los golpes. Pero había una diferencia de énfasis: los patrones prohibían que los trabajadores golpearan a los representantes de la administración mientras que los obreros se oponían a ser maltratados por los capataces^{xv}. El intento de prohibir, por supuesto, sugiere que obreros y representantes de la administración se liaban a golpes con frecuencia. Por lo que cuenta Altagracia, además, la práctica no había desaparecido en la década de 1920. Sabemos, de hecho, que en esa década los trabajadores textiles de la región continuamente recurrieron a paros espontáneos de labores para oponerse a lo que consideraban prácticas despóticas por parte de capataces y administradores (GARCÍA DÍAZ, 1984, p. 15-28; CAMARENA OCAMPO, 1984, p. 3-14). El tema fue motivo de conflicto hasta que la permanencia laboral, el gradual aumento de salarios y la instauración de mecanismos para negociar disputas laborales disminuyeron los enfrentamientos.

El asunto de la disciplina e indisciplina apunta a un proceso de aprendizaje tanto de los obreros como de los patrones, sobre la conducta laboral, la conducción fabril y las relaciones laborales. Fue un proceso largo y que avanzó desigualmente. Altagracia, hija y nieta de trabajadores, nunca fue castigada. Su entrenamiento, de hecho y por lo que ella contó, empezó en la escuela:

... [Un día] me pasaron al pizarrón y no pude hacer un resultado de una cuenta. Entonces me llevó el profesor, ahí me paró con unas pesas y la ventana abierta (entonces eran las ventanas grandes) con unas pesas y mis orejas de burro, grandotas. ¡Ay mamacita linda! Yo sentía que me desmayaba cuando miraba yo a la gente, como siempre en la plaza, me agachaba yo. Decía yo – Ni modo de taparme la cara. Tengo las pesas, ahí está el profesor. No puedo. Ni modo. ¡Qué vergüenza que me paró aquí! Y pos sí van a decir que por burra. Y eso me hizo a aprender... Empecé la escuela como a la edad de seis años. Pero cuando me hicieron eso tenía yo ocho años, ocho años^{xvi}.

Para cuando entró a trabajar, en la década de 1920, ya había asimilado un código de conducta laboral. En cambio otros enfrentaban por primera vez la disciplina fabril, como probablemente fuera el caso del obrero que ella describe fue golpeado. Altagracia y otras obreras de su generación exhibían una conducta y una perspectiva propiamente de la clase obrera; habían ya incorporado la disciplina a su conducta laboral y sentían orgullo por el trabajo bien hecho.

El siguiente pasaje en el relato de Altagracia que se comprende mejor en contexto es el de las mujeres reunidas en torno a los barriles de licor y bebiendo. Una lectura en el presente podría considerarlo un momento aberrante, debido a que nuestra sensibilidad actual relega el licor y la embriaguez a los espacios cerrados, los tiempos de recreo y las conductas ilícitas. De hecho, los textos históricos sobre los sucesos de 1907 no hacen referencia a la bebida (MONTES RODRÍGUEZ, 1980; CARDOSO; GONZÁLEZ HERMOSILLO; HERNÁNDEZ, 1980, p. 181-186).^{xvii} Por tanto, cabe preguntarse si los historiadores lo omiten, o si por el contrario, Altagracia miente. La diferencia efectivamente requiere de un contexto que ayude a la comprensión, y en consecuencia la importancia que el hecho tiene en el relato de Altagracia.

La bebida durante el siglo XIX y todavía a principios del XX, acompañaba muchas de las actividades públicas y rituales. En el trabajo era una práctica añeja y respetada el refrescarse con un trago de pulque, así como lo era el consumo de licores fuertes en días de fiesta o descanso. En la década de 1840, los participantes en un motín contra el ayuntamiento de la ciudad de México, recibieron por pago dos reales y un vaso de pulque (ESCALANTE GONZALBO, 1992, p. 283; VÉASE TAYLOR, 1987; VIQUEIRA, 1987). Pero hacia finales del siglo XIX y durante el XX, estas prácticas fueron duramente atacadas. Por un lado, en las fábricas aparecieron los reglamentos que prohibían beber

dentro de la fábrica o ingresar a ella en estado de embriaguez. La iglesia, por su parte, emprendió una campaña para reformar los hábitos de la población, atacando en particular el consumo de alcohol. Los párrocos locales eran con frecuencia aconsejados por sus superiores a suspender las fiestas religiosas para así evitar las borracheras. Los gobiernos locales y estatales probaron distintas prohibiciones: en Tlaxcala, por ejemplo, castigaban con un mes de arresto a quien apareciera borracho en un lugar público. El gobernador de Michoacán prefería el trato paternal y aconsejaba a los obreros fabriles velar por la armonía en sus hogares y evitar “los resultados fatales del alcoholismo cuando se toma con exceso”. En los años veinte aparece la prohibición de establecer cantinas en determinado perímetro alrededor de las fábricas y las escuelas (MONTES RODRÍGUEZ, 1980, p. 115-119; TAPIA SANTAMARÍA, 1986, p. 140-148; GONZÁLEZ NAVARRO, 1985, p. 75; URIBE SALAS, 1983, p. 176; DURAND, 1986, p. 150-157). La embriaguez, en el transcurso de esos años, fue asociada con conductas incivilizadas, causas de la pobreza y prácticas enfermas, razones todas ellas para que en la segunda mitad del siglo la embriaguez y el consumo de licores quedarán desterradas de la escena pública.

Ampliar la mirada sobre el maltrato y la bebida sitúa el relato de Altagracia en un momento de enfrentamiento respecto de conductas y valores. Esos conflictos, a su vez, nos remiten a un proceso de transformación tanto en la cultura como en la sociedad, y que generalmente denominamos como proceso de formación de la clase obrera. En este proceso formativo, por un lado, entran en conflicto costumbres y hábitos de los trabajadores con exigencias nacidas de los nuevos lugares de trabajo, las nuevas relaciones de dominio y subordinación y una nueva sensibilidad en la moral dominante. Por otro lado, también integra este proceso formativo la manera en que los trabajadores recurren a sus valores y hábitos heredados para explorar situaciones nuevas, y de esa manera transforman su comprensión de y actuación en el mundo. En el relato de Altagracia resalta el conflicto y la reafirmación de una manera de ser.

Otro plano de contexto tiene que ver con la relación que la entrevistada establece con su relato. Entrar a esta relación nos adentra ya a la producción de la memoria, aunque los puntos de referencia son históricos. La manera de contar, el estilo que la narradora imprime a su relato, transmite un sentido que es plenamente comprensible si lo situamos en relación a otros relatos.

La imagen de Lucrecia y el estandarte aparece al centro de un breve pasaje épico. Altagracia refiere que Lucrecia sacó el estandarte de la iglesia y después encabezó la marcha a los pueblos vecinos para liberar a los presos. Esta imagen que emplea Altagracia es similar a una de las imágenes más conocidas de la guerra de independencia un siglo antes de los acontecimientos en Río Blanco: el cura Hidalgo portando un estandarte de la virgen de Guadalupe, liberando encarcelados y proclamando la independencia.^{xviii} Otros testimonios coinciden en este sentimiento: “Nos sentimos libres y dueños de nuestro destino después de tanta miseria y opresión.”^{xix} Altagracia recuerda este episodio del motín de manera similar al relato épico de la guerra de independencia sin duda porque es un formato conocido, pero también quizás porque considera que fue entonces cuando los obreros pelearon por su independencia. En apoyo a esta idea, recordemos que los propietarios de las fábricas y el comerciante Garcín eran franceses y eran componentes importantes de las relaciones laborales los sentimientos de agravio, discriminación y nacionalismo.

El estilo general del pasaje es más bien picaresco e irónico. Ese estilo choca con la versión celebradora, que apareció hacia la década de 1930. He aquí por ejemplo un breve pasaje de un estudio publicado en 1940:

Un batallón de rurales se presentó en el lugar de los acontecimientos intimando a los obreros a dispersarse y entonces, de la masa anónima, surgió una mujer enarbolando en el espacio una bandera roja. Todos quedaron silenciosos. Era LUCRECIA TORIZ, una hija del pueblo, que en aquellos momentos de angustia previó una hecatombe sangrienta para los suyos, y valiente como todos los de nuestra raza, con ruda palabra, arengó a los pretorianos cuando iban a ser asesinados. El oficial se retiró gritando: ¡VIVA MEXICO! Aquella heroína los había salvado de una matanza (HERNÁNDEZ, 1940, p. 32).

Altagracia alude a esta versión de gran épica, pedante y acartonada cuando presenta a Lucrecia Toriz como la “que traiban cada vez que hacían ahí la memoria del 7 de enero.” Y a continuación emprende una historia en total contraste: los sucesos son festivos, las mujeres son sujetos conscientes, el tono es irónico. Todo ello sugiere que el estilo picaresco en Altagracia es una manera de incorporar y criticar la muy posterior versión oficial que aparece en los rituales de celebración anual. Nuevamente, el contexto permite comprender

que la apropiación que ella hace de lo sucedido prolonga el conflicto que motivo el motín y que la acompañó desde su infancia hasta sus días de vejez.

A través del tiempo ha habido un diálogo entre versiones que disputan la memoria del 7 de enero de 1907. Una de ellas convierte el motín en huelga, sube a Lucrecia Toriz a un pedestal, sana las acciones de referencias inadecuadas, convierte a los participantes en estoica y marmórea masa que reacciona y es víctima ante la Marcha de la Historia. Esa es la versión oficial, que inserta en una más larga historia, justifica el orden de la sociedad posrevolucionaria. Es también la versión que el sindicato usa en las conmemoraciones cívicas y que lo convierte en heredero de la heroica gesta obrera. La versión alternativa, esbozada por Altagracia y aceptada por muchos otros trabajadores, en su estilo irónico no sólo relata de otra manera sino que desmonta el discurso que legitima al sindicato.

El tercer plano de contexto nos sitúa en la situación de entrevista y la naturaleza de los diálogos ahí convocados. En primer lugar, Altagracia encaró a dos entrevistadores, uno de ellos historiador profesional, que explicaron su intención de elaborar una historia de la ciudad. En consecuencia, Altagracia sabía que sus recuerdos y sus palabras iban destinadas a la historia. En segundo lugar, la otra entrevistadora, Silvia, hija de un compañero de trabajo de Altagracia, había concertado la entrevista porque deseaba que los relatos de Altagracia no desaparecieran con ella. En tercer lugar, Altagracia tenía 75 años al momento de la entrevista y expresó que sentía su vida terminada. Así, reflexionó desde el presente sobre el pasado, no para proyectarse hacia un futuro imaginado sino para dejar un legado a los jóvenes. Su intención no era simplemente rememorar sino contar una versión que fuera de utilidad a otros. La situación de entrevista conformó parcialmente la intención, y esta última orientó la narración.

La otra parte de la intención fue conformada por un diálogo más amplio con la situación del presente. Cuando Altagracia fue entrevistada tenía poco tiempo de que un grupo dentro del sindicato había desbancado a la antigua mesa directiva, acusándola de fraude. La lucha por cambiar la directiva se extendió a toda la población y se convirtió en un movimiento de la comunidad y no sólo del sindicato. Los trabajadores y sus familias, en principio, reafirmaban su independencia. El taller de historia oral fue en parte resultado de ese movimiento (NECOECHEA GRACIA, 1990, p. 47-62). En el transcurso de la entrevista, Altagracia aludió con escepticismo a la pretensión de la nueva directiva de

renovación radical pero sin cambiar las estructuras que vienen del pasado. Su legado sobre solidaridad e independencia se inserta justo en ese diálogo del momento.

He bosquejado una manera de abordar la contextualización y he señalado la importancia del contexto para mejor comprender la intención y el significado de los relatos del recuerdo. Al mismo tiempo, en el transcurso de elucidar los contextos pertinentes, generamos un conocimiento nuevo, o al menos una dirección distinta de investigación. Altagracia, como tantos otros, crea armonía entre su pasado y su presente y continuidad entre la experiencia heredada y la propia. Cuando los investigadores encuentran esta intención de la memoria, en el plano personal, con frecuencia la trasladan al plano colectivo y convierten la memoria en la columna vertebral de todo argumento sobre identidad. Llevar a cabo esta pirueta intelectual pierde de vista la intención central de Altagracia, porque cuando ella se refiere al colectivo de manera consciente realza no la armonía sino el conflicto, no la identidad sino la diferencia. Su propósito es que aflore una memoria disidente que a través del tiempo ha disputado, con patronos o con dirigentes sindicales, el significado del pasado y por lo mismo, la estrategia ante los conflictos del presente.

Recapitulo brevemente el argumento. La memoria sin contexto no pasa de ser una historia entretenida. Los párrafos precedentes exponen una propuesta para trabajar la fuente oral que resulta de la entrevista. Propongo que es necesario entender el testimonio integro, analizarlo y contextualizarlo siempre teniendo en cuenta las peculiares características de su producción y medio de expresión. La entrevista produce un relato que tiene lógica y congruencia interna. Uno de los hilos que tejen esta lógica es el tiempo, en tanto es un relato que se produce en el presente para dar cuenta del pasado. Lo que se relata son principalmente acciones y sucesos, de manera que los espacios en que ocurrieron son un segundo hilo conductor a través del relato. Esos sucesos a través del tiempo crearon una red de relaciones sociales en la que el entrevistado estuvo – y posiblemente siga estando – inmerso, y el desarrollo de esas relaciones es otro eje que confiere sentido y congruencia a lo narrado. Al mismo tiempo, quien recuerda va creando una capa de sentido que lo identifica a través del tiempo y explica su presente. Pero su recuerdo no es espontáneo ni libre sino que obedece a la situación de entrevista, y en particular a las preguntas del historiador. Este último, interesado en el cambio y el conflicto, continuamente crea un distanciamiento entre la imagen que el entrevistado tiene de si y las situaciones del pasado

que narra. El choque que resulta de la pretensión de armonía y continuidad y la evidencia de las transformaciones de la persona a través del tiempo, produce una tensión en el relato que es evidencia de las expectativas y la experiencia vivida. Observar con atención el contexto de entrevista, es decir, del presente, revela criterios de selección del recuerdo y de producción de significado para lo vivido. Estos criterios, a su vez, moldean todo el recuerdo. Ese recuerdo está socialmente constituido y por lo mismo su relevancia emerge cuando lo situamos en el contexto histórico adecuado; al mismo tiempo, como evidencia para la historia, modifica sustancialmente nuestro conocimiento. Precisamente la generación de nuevo conocimiento histórico distingue a la historia oral del afán memorialista hoy de moda.

Bibliografía

BARRERA BASSOLS, Jacinto. *Pesquisa sobre un estandarte*. México: Editorial Sinfiltro, 1995.

_____. Regreso al México bárbaro. In: *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, t. 1, San Luis Potosí, Cd. de México: Gobierno del Estado de San Luis Potosí, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1991.

CAMARENA OCAMPO, Mario. *Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte*. *Historias*, 7, octubre-diciembre 1984.

CARDOSO, Ciro F. S.; GONZÁLEZ HERMOSILLO Francisco; HERNÁNDEZ, Salvador. De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios. In: *La clase obrera en la historia de México*. vol. 3. México: Siglo XXI, UNAM, 1980.

CARMAGNANI, Marcello. *El regreso de los dioses*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

DURAND, Jorge. *Los obreros de Río Grande*. Zamora: Colegio de Michoacán, 1986.

ESCALANTE GONZALBO, Fernando. *Ciudadanos Imaginarios*. México: El Colegio de México, 1992.

FUENTE, Julio de la. *Yalalag*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1977.

GARCÍA DÍAZ, Bernardo. Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922). *Historias*, 7, octubre-diciembre 1984.

_____. *Un pueblo fabril del porfiriato*: Santa Rosa, Veracruz. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

GINZBURG, Carlo. El inquisidor como antropólogo. *Historias*, 26, abril – septiembre, 1991.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés. *La pobreza en México*. México: El Colegio de México, 1985.

HERMIDA RUIZ, Angel. *Acayucan y Río Blanco, gestas precursoras de la Revolución*. Veracruz: Dirección General de Educación, 1964.

HERNÁNDEZ, Ana María. *La mujer mexicana en la industria textil*. México: Secretaría del Trabajo, 1940.

MONTES RODRÍGUEZ, Ezequiel. *La huelga de Río Blanco*. Río Blanco, Veracruz: Sindicato de Trabajadores en General de la Compañía Industrial de Orizaba, S.A., 1965.

NECOECHEA GRACIA, Gerardo. Nosotras somos oprimidas, esposas de obreros: mujeres y política en Río Blanco. In: ZERMEÑO, Sergio; CUEVAS, Aurelio (orgs.). *Movimientos sociales en México*. México: UNAM, 1990.

_____; CAMARENA OCAMPO, Mario. *Manos artesanas voluntad divina*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993.

RIVA PALACIO, Vicente. *México a través de los siglos*. t. v, México: Editorial Cumbre, 1982 (ed. original 1884-1889).

ROBIN, Régine. Literatura y biografía. *Historia y Fuente Oral*, Núm. 1, 1989.

SCHWARZSTEIN, Dora. Efervescencia memorialista. *Palabras y Silencios*, vol. 2, núm. 1, junio 2003.

TAPIA SANTAMARÍA, Jesús. *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*. Zamora: Colegio de Michoacán, 1986.

TAYLOR, William. *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987

THOMPSON, E. P. *The poverty of theory and other essays*. Nueva York: Monthly Review Press, 1979.

URIBE SALAS, José Alfredo. *La industria textil en Michoacán: 1840-1910*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1983.

VIQUEIRA ALBAN, Juan Pedro. *¿Relajados o reprimidos?: diversiones públicas y vida social en la sociedad de México durante el siglo de las luces*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

* Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. Para el presente texto, combine dos artículos ya publicados: “El análisis en la historia oral”, en *Los andamios del historiador*, comp. por Mario Camarena y Lourdes Villafuerte, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007; y “Los contextos del recuerdo y la historia oral”, *Guanajuato Voces de su Historia*, N. 7, 2006 (Laboratorio de Historia Oral, Universidad de Guanajuato). Revisé, recorté, introduje cambios y explicaciones, para convertirlo en un solo texto congruente.

ⁱ Parte de la reciente bibliografía y sus problemas es abordado con humor en William Grimes, “We all have a life. Must we all write about it?”, *New York Times*, marzo 25, 2005.

ⁱⁱ Muchas de mis reflexiones descansan en la lectura de los trabajos de Alessandro Portelli (v. la colección de sus ensayos publicada bajo el título de *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories*, Albany: State University of New York Press, 1991) y de Ronald Grele (v. los ensayos recogidos en *Envelopes of Sound*, Chicago: Precedent Publishing Co., 1985).

ⁱⁱⁱ Entrevista a Fernando Chacón por Graciela de Garay y Blanca Olivia Peña, 16 y 23 de septiembre de 1997, Pho/13/2-1 y 2, Instituto Mora, Ciudad de México.

^{iv} Entrevista a Fernando Chacón, op. cit.

^v Entrevista a Fernando Chacón, op. cit.

^{vi} Entrevista a Fernando Chacón, op. cit.

^{vii} Entrevista a Concepción Millán, por Graciela de Garay y Concepción Martínez, 12 de marzo de 1998, Pho 13/13-1, Instituto Mora, Ciudad de México.

^{viii} Entrevista a Concepción Millán, op. cit.

^{ix} Entrevista a Concepción Millán, op. cit.

^x Entrevista a Fernando Chacón, op. cit.

^{xi} Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco, por Silvia Spíndola y Gerardo Necoechea, 21 de julio de 1983, Proyecto Taller de Historia Local, Río Blanco, Veracruz, Archivo de Historia Oral Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Veracruzana, Xalapa.

^{xii} Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco, op. cit.

^{xiii} Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco, op. cit.

^{xiv} Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco, op. cit.

^{xv} Ambos reglamentos en Ezequiel Montes Rodríguez, *La huelga de Río Blanco*, Río Blanco, Ver., Sindicato de Trabajadores en General de la Compañía Industrial de Orizaba, S. A., 1965, Apéndice 5, p. 115 y Apéndice 6, p. 119.

^{xvi} Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco, op. cit.

^{xvii} García Díaz (1981, p. 137) comenta que los obreros saquearon la tienda de Garcín e ingirieron en el lugar pulque y vinos.

^{xviii} Posiblemente Altagracia recibió esta versión en sus años de escuela; véase Vicente Riva Palacio (1982, p. 101-103) y Barrera Bassols (1995, p. 32-36)

^{xix} “Entrevista a Melitón Martínez”, en Hermida Ruiz (1964, p. 65) citado por García Díaz (1981, p. 143).